

ABRAHAM SANCHEZ ARCE. EDITOR.

EL SOL DE MAYO

Memorias de la Intervención Francesa.

NOVELA HISTORICA, MEXICANA.

ORIGINAL DE

Juan A. Mateos.

TOMO III.

TEPIC-MEX.

IMPRESA EN LOS TALLERES DE LA PENITENCIARIA.

1907.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1080. 1625 MONTERREY, MEXICO



LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

DONDE SE PRUEBA QUE LA MUERTE ES COMO EL RAYO, SE DES
CARGA SOBRE LOS PUNTOS MAS ELEVADOS.

I.

Habían trascurrido cuatro días desde que el infame aventurero había dado el filtro venenoso al general Zaragoza, cuando comenzó á notarse en su semblante algo de extraño y descompuesto, que alarmó á las personas que lo rodeaban.

Zaragoza no había dicho una sola palabra de su enfermedad hasta que ya se rindió á la dolencia del mal terrible que le invadía.

Los síntomas de la fiebre aparecieron, y ya el general no pudo sostenerse en pié.

Los médicos opinaron por trasladarlo á Puebla y en medio de chubascos terribles llegó el día 4 á la ciudad.

El día 5 lo pasó en su entero conocimiento, y aún presentaba síntomas mas felices que auguraban una pronta reación. El Estado Mayor del general estaba rodeado de su lecho, y las antesalas de la casa llenas de jefes, oficiales y personas distinguidas de la población.

Los patios estaban continuamente ocupados por el pueblo, ávido de saber algo sobre la salud de su querido general.

La nación entera, que recibió la noticia por el telégrafo, estaba llena de ansiedad presintiendo una desgracia.

El ejército se había hecho sombrío, y en los cuarteles reinaba un silencio profundo; creían que el alborozo y la algazara eran un insulto á su caudillo.

II.

El día 6, como á las once de la mañana, entró el delirio que con ligeros intervalos acompañó á Zaragoza hasta sus últimos instantes.

Comenzó por pedir sus botas de montar, sus armas y sus caballos.

Como nadie respondiese á sus órdenes, se exaltó terriblemente, y gritaba con toda su fuerza:

—Yo tengo una patria á quien defender, necesito sacrificar me por ella!.....¡Mi caballo!.....¡mis armas!.....Ya Coronado (un jefe que hacía tres años había muerto en campaña), está en Quecholac, le impediré su incorporación con los franceses, es necesario batirlo.....Hola, señores Generales! esa tropa lista, esas columnas sobre el campo, esa artillería á su puesto, la hora ha llegado!

Jadeante de fatiga se dejó caer en los almohadones del lecho y su pensamiento tomó otro giro.

—¿Quién lo había de creer? continuó, el más fiel de mis soldados, Martínez, se ha pasado á los franceses.

Pablo Martínez arrojó el sombrero contra el suelo y dijo llorando:

—Aquí estoy, mi general, yo no me separé nunca de usted. Zaragoza no le conocía.

Preso de una ansiedad terrible, le dominaba la idea de recorrer su campamento y hacer los preparativos de una próxima batalla.

Probó á levantarse.

Entonces uno de sus ayudantes le dijo:

—Hay orden de que no se mueva usted, mi General.

—¿Cómo! ¿estoy prisionero?

—Sí, mi General, contestó el ayudante procurando por este medio sosegarle.

Zaragoza se quedó profundamente pensativo.

En estos momentos pasaba por la calle una guardia tocando marcha.

Zaragoza se incorporó en el lecho.

—Ya vienen á buscarme, dijo con serenidad; me van á fusilar, está bien; pero cuidado con el que se atreva á tocarme á alguno de mis ayudantes; á ellos no, dijo con un acento terrible acompañado de una actitud imponente.....Vamos, estoy dispuesto; pero pronto, que el viento y lluvia me azotan sin compasión!.....

Los ayudantes lloraban en silencio ante aquella muestra de profundo cariño.

III.

Abrióse la puerta del aposento y entró una anciana que se acercó al lecho del enfermo.

Descubrió el rostro de Zaragoza, y dijo con acento de honda ternura.

—¡Ignacio!.....¡Ignacio!.....

Zaragoza escuchó aquella voz y se estremeció.

En medio del delirio, aquel eco resonaba en su corazón con el tímbre de un ángel.

—¡Hijo mío! continuó la anciana, ¿no me conoces?

—¡Madre! dijo Zaragoza, fijando sus inquietas pupilas en el semblante dolorido de aquella anciana, en cuyos entrañas había recibido el soplo de esa existencia, próxima á apagarse.

Aquella infeliz madre, sin temor alguno al contagio, reclinó su frente en el pecho del general y comenzó á llorar amargamente.

Tomó entre sus manos la cabeza de su hijo y la besó con ternura.

Después estrechó la mano del enfermo entre las suyas.

Entonces Zaragoza la oprimió, diciendo:

—Bien, estoy satisfecho, he visto batir á ese cuerpo con una arrogancia digna de los buenos hijos de México..... ¿Pero no he dicho que mis armas?..... ¿tendré que repetir cien veces una orden?..... ¡mi caballo!.....¡mi espada!..... el enemigo está á la vista.

Comenzó una lucha entre el febricitante que quería á toda costa salir del aposento, y las personas que lo cuidaban.

Hizo un esfuerzo desesperado y se levantó al fin, mantovose rígido algunos instantes con las miradas fijas, inmóviles; quiso avanzar y se desplomó como herido por un rayo.

Los médicos declararon que el general Zaragoza había entrado en el último período del tífus, y que se moría irremisiblemente.

Después de algunos debates, un médico extranjero opinó por la sangría, que fué aplicada sin éxito al general.

—Estoy herido, no vale la pena, gritaba Zaragoza, aun puedo combatir y combatiré hasta el último momento.

IV

El día 7 fué terrible, el delirio continuaba con más exaltación, y no se había logrado ni un intervalo de lucidez ni de reposo.

Zaragoza no había dormido un solo momento, aquella crisis no podía prolongarse.

Amaneció el día 8 de Septiembre, Zaragoza que se había rendido unos instantes á la fatiga, fué acometido del último vértigo que precedió á su muerte.

Su espíritu fué arrebatado á los campos de la lid en el espejismo misterioso del pensamiento.

—¡Ha sonado el cañón!..... general Berriozábal, no hay más que avanzar con esas columnas por el centro!..... general Negrete, á forzar la línea izquierda!..... Porfirio Diaz, adelante con esos batallones..... ya ya avanzan, ellos son..... ¡Dónde está el viento que no disipa las nubes de la pólvora para ver á mis soldados?..... oigo el clarín..... ¡fuego..... fuego! allí está... ¡qué hermoso es el estandarte de la patria!..... como lo arrebató el bronce de la metralla..... Un ayudante! un ayudante!..... Ya huyen..... ya se dispersan por la cumbre Guadalupe... .. victorial!..... victorial!..... patria mía!.....

Dejó caer la cabeza y sus ojos se cerraron por unos momentos.

Levantóse como impulsado por una fuerza desconocida:

—Avisen á Carbajal, que está situado en Amozoc, que recoja á los dispersos..... ni uno solo, ni uno deje pasar.adelante!..... Se desprenden otra vez como una masa de hierro... las bayonetas lucen á los rayos del sol..... pero ese sol es mío!... ..es el sol de Mayo!es el sol de los recuerdos y de la victoria!..... el astro de la patria!.....

Hundióse en un parosismo que anunciaba ya la proximidad de la muerte.

Después su voz que hasta entonces fué un timbre armónico, se fué extinguiendo pausadamente:

—¡México..... tu nombre es muy alto en las glorias del mundo!..... ahí está el campo lleno de cadáveres..... ¡cuántos de mis soldados han desaparecido!..... pero la patria..... patria mía!

Apagóse su voz y sus labios comenzaron á moverse como queriendo pronunciar las últimas palabras

Serenóse su frente, su mirada volvió al reposo habitual.

Acaso daba estrecha cuenta al Todopoderoso de sus acciones sobre la tierra.

Apareció en sus labios una sonrisa apasible, cruzó por su semblante una nube vaporosa de calma que sombreó su espíritu, sus ojos se cerraron y del fondo de su pecho se arrancó el último aliento.

Zaragoza, ceñido con su laurel de gloria, llamó á las puertas del mundo de los héroes, detúvose unos momentos á hablar con Dios, y con atrevida planta penetró en el dintel eterno.

Los cañones que saludaron victorioso al héroe el 5 de Ma-

yo, anunciaron al mundo desde la cumbre de Guadalupe, con un eco solemne y majestuoso, que el general Zaragoza había dejado de existir.

La última palabra de Napoleón fué *ejército*.

La última palabra de Zaragoza fué *patria*.

V

Todos los cabos del ejército rodeaban aquel lecho mortuario.

Luego que se apagó aquella vida gigante al peso mismo de su grandeza, el luto y la desolación cayeron como una tormenta sobre el corazón de los soldados.

Aquellos soldados que habían acompañado al bravo general en las vicisitudes de las campañas, y sin abatirse por los sufrimientos, lloraban como unos niños delante del cadáver del general que ya no podía consolarlos en sus dolores, ni animarlos con su ejemplo.

Disputábanse el honor de hacerle la última guardia.

Pusieronle todos los arreos é insignias de su rango, colocando sobre su pecho la condecoración de Puebla, tan valientemente ganada en el campo de batalla.

El héroe del 5 de Mayo parecía dormir tranquilo el sueño eterno.

Junto á aquel féretro lloraba la patria al más querido de sus hijos, y el genio del porvenir señalaba con su mano invisible el *Mediodía*, como el ángel del Apocalipsis.

De allí vendría la luz que más tarde, como la aurora boreal de la independencia, caería á plomo sobre el suelo de la Patria, extendiéndose en cortinajes de fuego, donde luciría en la solemne majestad de su apoteosis el estandarte nacional!

VI.

Manuel Mondoñedo se paseaba en su estancia profundamente inquieto, en espera de noticias.

Sabía que el general Zaragoza se hallaba en un estado alarmante, y esto traía preocupado al joven que amaba á su general con fanatismo.

La presencia de Doña Blanca de Borbón en la ciudad, arrojó una sospecha terrible en su alma: sabía que la condesa conspiraba sin descanso, pero nunca pudo imaginar que se extendiese hasta un atentado criminal é impío.

En el vértigo de aquel cerebro cruzó como hemos dicho una sospecha, creyó que la ambición de Doña Blanca podría haberla orillado á un crimen, pensó que viendo á aquella mujer podría encontrar en su semblante, en su actitud, en sus palabras, algo que le revelase la verdad de cuanto pasaba.

El estudiante no quería hallar culpable á la Montemolín había amado á la condesa con delirio, y su alma aún permanecía influenciada por aquel cariño que se había amortiguado como el fuego de un volcán, pero que podía renacer en sus entrañas.

Sentía haber consagrado la existencia á un ser deforme y criminal; haber llegado hasta la locura en pos de una alma donde debían aparecer las manchas del crimen, era espantoso!

En el fondo de aquel corazón comenzaba á le vantarse un sol más puro, en las ilusiones de un nuevo amor.

El contacto con Eloísa, de cuyos ojos se desprendía un rayo purísimo de languidez y cuyo aliento era la brisa de las esperanzas, ejercía un atractivo poderoso en el alma lacrada del estudiante.

Este nuevo sentimiento, brotando como por encanto en medio de las angustias de su existencia, le prestaba valor para erigirse en juez severo de Doña Blanca, en el juicio avanzado de sus sospechas tenebrosas.

—Es necesario desgarrar este velo, tras el cual debe aparecer el asesino, decía Mondoñedo crispando las manos: yo arrancaré el antifaz, y este cuadro encontrará por término un cadalso!.....no, es imposible, ella no atentaría á una existencia que acaso reservá el cielo para el bien de una nación entera.....no, sería desafiar á Dios; insultarle, levantar una imprecación impía desde el fondo de la tierra, que provocara la cólera celeste!.....¡pero la ambición! gritó Mondoñedo, las pasiones que se desatan como un huracán en los mares del corazón pueden arrollarlo todo.....todo hasta la existencia de un héroe..... yo, yo mismo le he dicho á esa mujer, que por su amor arrostraría hasta un crimen.....¡profanación!.....Dios me ha salvado, y acaso me destine para el castigo.

Abrió violentamente la puerta, atravesó los corredores, y llamó en la estancia de la Montemolín.



VII.

Doña Blanca, estaba á su vez inquieta, tenía en su mano una carta que acababa de recibir del campo de los franceses, y cuyo asunto era singular.

—Señora, decía la carta, cuando recibáis estos renglones, el mundo de la política habrá hecho su revolución: la existencia que tanto nos ha inquietado, es ya un tronco desprendido de sus raíces; la suerte está con nosotros.—Adiós.”

—No comprendo nada, y sin embargo me horroriza el sentido infernal de estas palabras.....Creo percibir algo que me asusta tras estos renglones.

Abrióse la puerta y apareció siniestro el estudiante.

Doña Blanca dejó caer en el suelo la carta.

—Señora, dijo Mondoñedo, tomando el brazo de la condesa, se dice que el general Zaragoza está envenenado.

Doña Blanca dió un agudo grito, un rayo de luz había caído sobre las frases de la carta.

—¡Conque es cierto! conque el general muere á vuestras manos, exclamó con torva voz el estudiante.

—¡No, no, esto es horrible! dejadme, yo puedo haber ambicionado, por el aliento del crimen no ha pasado aún por mi corazón, yo os lo juro en nombre de Dios.

Mondoñedo se arrojó sobre la carta y la leyó con la rapidez con que atraviesa un relámpago.

—¿Y qué decís, señora, ante esta acusación? hablad, hablad; porque de aquí al cadalso hay un solo paso.

La Condesa lanzó un grito de horror y desesperación.

—¿Quién ha trazado estos renglones? decidlo por compasión, yo os ruego que separéis de vuestra frente el rayo que la amenaza.

—Es un miserable aventurero interesado en los bonos de Jecker.

—¡Horror! ¡horror! y vos habéis unido vuestros esfuerzos á los de ese infame, señora! sois la cómplice de un crimen horrible.

—Pero si yo no he sabido nada, nada sé todavía.

—¿Cómo borrar las palabras transparentes de esta carta?

—Por compasión, me asustáis con vuestras miradas, con vuestro acento; creedme, caballero, soy inocente.

Oyóse la detonación de los cañonazos que anunciaban la muerte de Zaragoza.

Doña Blanca y el estudiante se quedaron inmóviles como dos estatuas.

—¡Ha muerto! dijo al fin Doña Blanca con acento imperceptible.

—¡Muerto! repitió Mondoñedo, y un torrente de lágrimas comenzó à deslizarse por sus lívidas mejillas.
El reloj de la estancia dió pausadamente las diez.

CAPITULO II.

DE LOS FUNERALES DEL GRAL. ZARAGOZA EN LA CAPITAL DE LA REPUBLICA.

I.

El cadáver del General Zaragoza fué embalsamado y expuesto à la espectación pública.

Toda la ciudad de Puebla acudió à saludar los restos mortales del héroe.

El presidente Juárez mandó que se le tributasen los últimos honores en la capital.

Al abandonar el cadáver aquellos campos de gloria, le dejó por herencia su *nombre*, y la ciudad le dió su eterna despedida en los artículos de este decreto, emanación de un justo sentimiento.

"Art. 1.º Se declara ciudadano benemérito del Estado, en grado supremo, al héroe del memorable 5 de Mayo, General Ignacio Zaragoza.

"Art. 2.º Se erigirá un monumento en el lugar que se designará después, en memoria de la gloriosa jornada del 5 de Mayo y de su digno héroe.

"Art. 3.º Su nombre inmortal será inscrito con letras de oro en el salón de sesiones del II. congreso del Estado."

II.

El 12 de Septiembre, à las seis de la tarde, anunciaron los cañones que los restos mortales del General Zaragoza entraban en la ciudad.

Luego que se supo que estaba en la garita de San Lázaro, el pueblo acudió en masa à recibirlo, y personas de todas

clases se empeñaron en conducirlo en hombros al salón de cabildo del Ayuntamiento.

Hombres, niños y mujeres se agolparon durante tres días à contemplar aquellos restos venerados del héroe, y dejarle coronas de flores y à llorar por la pérdida que sufría la nación con el desaparecimiento del grande hombre.

Las banderas se pusieron à media asta y adornadas con lazos negros; la artillería se dejaba oír cada cuarto de hora y las armas del ejército estaban à la funerals.

Todo revelaba el duelo nacional.

Las demostraciones públicas no cesaban su sus manifestaciones de simpatía, la diputación permanente pidió al gobierno que por un decreto se inscribiese el nombre de Zaragoza en todas las ciudades y pueblos de la República.

Lerdo de Tejada cuya voz hace tiempo que se escucha en en todos los momentos de crisis nacional, dirigió sus proposiciones que el gobierno aceptó, y formuladas en ley cierran este capítulo.

¿Qué más se podía hacer en memoria del General Zaragoza? ¿Cómo demostrar más vivamente el respeto y veneración de un pueblo hacia uno de sus héroes? ¿Cómo tributar más homenajes al valor y la heroicidad?

Prosternarse delante de aquellas cenizas, invocar el nombre de la patria ante los manes del héroe, jurar defender aquella tumba, llamar al porvenir y hacerse digno imitador de las virtudes cívicas del caudillo, he aquí lo que el pueblo mexicano hacía en aquellos momentos de suprema tribulación.

III.

El día 13 de Septiembre, y à las once y media de la mañana, se reunió el cortejo fúnebre en las casas consistoriales para acompañar el cadáver del General Zaragoza al panteón de San Fernando.

Todas las casas de la calle del tránsito, tenían colgadas fúnebres, y en muchas se veía entre laureles, el nombre de Zaragoza ó la fecha histórica del 5 de Mayo.

Una gran multitud se agolpaba en la plaza y calles del tránsito por donde atravesaban las tropas que debían formar la columna de honor.

Se escuchaba el sonido apagado de los parches y las músicas à la sordina.

En la esquina de las calles de Plateros se levantó un arco

triumfal, en cuya parte superior se leía de un lado la gran fecha memorable *5 de Mayo de 1862*, y del otro se veía la efigie del caudillo entre trofeos militares.

Los pabellones del Perú y de los Estados de Colombia, estaban hasta media asta en las legaciones y consulado respectivo.

En la casa del Ministro de Prusia, había cortinas con los ojos enlutados.

A las doce en punto, comenzó á organizarse la procesión frente á las casas consistoriales.

El cadáver del general fué bajado en hombros por sus ayudantes y colocado en el carro fúnebre.

Cinco batidores abrían aquella procesión de duelo.

En seguida, marchaba el arrogante cuerpo de artillería con sus cañones enlutados y los caballos cubiertos con caparzones negros.

La ambulancia del ejército, vestida elegantemente, seguía en pos de los artilleros.

La guardia nacional, representada en cinco batallones, formaba el centro de la columna.

La guardia nacional hacía suya aquella ceremonia; porque Zaragoza había pertenecido siempre á ella; ya como jefe, ora como soldado.

La columna parecía haberse interrumpido, porque los batidores tornaron á aparecer seguidos de una compañía de carabineros.

El comandante general, con su Estado Mayor, ocupaba el centro de la procesión formando un gran grupo con todos los jefes y oficiales de la Mayoría de órdenes, precedido de un batallón de nacionales y cuatro piezas de batalla.

Los asistentes del general traían por las riendas á los caballos de batalla del héroe.

Aquellos cerceles habían cruzado entre las nubes de la metralla francesa, y ahora caminaban pausadamente tras el túmulo de su amo, estremeciéndose al ruido de la artillería que se escuchaba por intervalos como el postrer saludo de la vida en la soberbia ostentación de la grandeza humana.

Un destacamento de artillería cerraba la columna militar.

Los alumnos de las escuelas y colegios de la ciudad, puestos en dos bandas, precedían el carro fúnebre del general Zaragoza.

Aquella juventud recibía una ardiente lección de patriotismo en la cifra espantosa de aquel féretro.

Aquella caja mortuoria, encerraba á la grandeza, en su faz heróica y generosa, de allí se desprendía la luz abrasadora del patriotismo, de allí se levantaba esa llama siempre encendida de los recuerdos patrios.

Aquel cadáver hablaba al porvenir delante de una generación sobre cuya frente rugía la tormenta desencadenada de la conquista.

IV.

El túmulo iba rodeado del Estado Mayor del general Zaragoza.

Aquella juventud valiente y decidida que había acompañado á su general en el combate, seguía apesadumbrada el cadáver de su caudillo.

Aquel grupo era la familia del bravo general.

Tras aquella urna que encerraba las cenizas del hombre de Mayo, seguía el espíritu siempre sereno y majestuoso de Juárez, el hombre-roca para las vicisitudes políticas, el hombre coloso para las revoluciones.

Juárez se había manifestado sombríamente sereno en cuatro ceremonias fúnebres: vió los cadáveres ensangrentados de Valle, Degollado y Ocampo, el más querido de sus ministros asesinados por el puñal de la reacción: había jurado reparación sobre sus tumbas y la había obtenido completa.

Acompañó también á Lerdo de Tejada, el autor de la Reforma, herido por la muerte en los momentos en que iba á cederle su puesto en la dignidad más elevada de la República.

Juárez caminaba tranquilo: bajo el broquel impenetrable de su serenidad, apenas pueden sospecharse las heridas de su alma.

El presidente iba entre sus ministros y seguido de la diputación permanente, el Ayuntamiento, los empleados de todas las oficinas, jueces, magistrados, junta patriótica y los clubs y asociaciones todas de la capital, y de un pueblo numeroso.

V.

Llegó la procesión á San Fernando, en cuyo patio principal se levantó un catafalco magnífico, donde fué levantado el cadáver.

El Lic. Iglesias, ocupó la tribuna, y la oración fúnebre más brillante, fué pronunciada por los labios de ese hombre, con esa elegancia que lo distingue como uno de los primeros talentos literarios.

Guillermo Prieto, el poeta popular, el vate de la juventud, el cantor de la patria, en cuya lira se encuentran las fibras más dulces del sentimiento y los rasgos sublimes de la inspiración, dejó oír sus acordes impregnados de ternura en la filosofía de la angustia humana.

El canto de Prieto á la muerte de Zaragoza, será la cruz de honor en las páginas de este libro.

EN LA MUERTE DEL HEROE DEL 5 DE MAYO.

¡Cadáver imponente! ¡espectro angusto!
 ¡Ser de la nada! ¡nada de la vida!
 ¡Qué pretendes de mí? ¡Tu labio abierto
 Se ha reservado su postrer gemido
 Para lanzarlo aquí, sublime muerto?
 ¿Eres una expiación? ¡En su venganza
 Quiso implacable el bárbaro destino
 Hundir en el ocaso de la tumba
 El sol consolador de la esperanza?
 Ser de vindicación, no, tú no mueres;
 ¿Cómo morir tan bueno y tan amado?
 ¿Cómo morir, cuando eras la victoria?
 ¿Cómo morir el fuerte, el inspirado?
 ¿Cómo muere la fé? ¿cómo la gloria?
 Y tú allí estás, cadáver implacable;
 Y tú allí estás, mentís de la existencia,
 Sol sin su luz, encina sin su savia,
 Rambla de arena de agotado río,
 Muerte..... muerte..... ¡Dios mío!
 ¿A dónde está el guerrero venturoso,
 Relámpago al moverse, al herir rayo,
 Que enarboló nuestro pendón hermoso,
 Resplandeciente con el sol de mayo?
 ¿Dónde el escollo está, que en la tormenta
 Destronó con empuje diamantino
 Las olas que inundaron á Magenta
 Y que tiñó con sangre Solferino?
 ¿Por qué inmóvil estás, noble soldado,

Que al clamor de metal de tus cañones,
 Presentaste del orbe á las naciones
 El nombre de tu patria vindicado?
 A tí el incienso del amor del pueblo:
 A tí los rayos de su nueva aurora:
 A tí los ecos de sus cantos puros:
 A tí el alma de su alma que te adora.

Esfuerzo de león, alma de niño,
 Después de la campaña turbulenta
 Se inclinaba al herido con cariño,
 Olvidando al verdugo de los suyos
 Por honrar al valiente de Magenta.

Esfuerzo de león, alma sublime,
 Desprecia del contrario los ultrajes,
 Y le repite al que entre hierros gime,
 Libre eres como el aire, ¡oh prisionero!
 Así es como se vengán los salvajes.

¿Cómo perdiste así? Luego modesto
 Detrás de tus legiones te escondías,
 Como sereno sol tras los celages
 Recoge sus divinos resplandores,
 Y los viste de mágicos colores
 Dejando solo adivinar su frente.

O como ola potente
 Que después de su curso turbulento,
 Se duerme en un remanso trasparente
 Y allí humilde retrata el firmamento.

Cadáver inflexible, ojo sin vida,
 ¿Qué pretenden de mí? ¿No ves que mi alma
 Tiembla entre mis entrañas de quebranto?
 ¿No esta mi voz, que incrédulo divago,
 La sientes empapada con mi llanto?
 ¿Quién razona el dolor? ¿Quién es quien puede
 Decir al corazón, oye, medita,
 Cuando está desbordándose en gemidos
 El intenso dolor que al pecho agita?

Patria, patria de lágrimas, mi patria,
 Basta ya, basta ya; mira tu cáliz
 Como sangre de tus héroes rebosando;
 Madre infeliz, las tumbas de tus hijos,
 Como de carne humana, están sangrando.

Alza esa frente á tu dolor, rendido;
 Retira de tus ojos el cabello,
 Y grande en tu dolor, águila herida,
 Que te halle el infortunio erguido el cuello.

Grande es tu corazón, linda tu frente;
 Esfuerza tu valor, renueva el brío
 Que aun tienen sangre que verter las venas,

Que aun flotaⁿ tus banderas en Oriente,
 Que aun ha de hallar el invasor impío
 Quien á los tigres de Africa escarmiente.
 ¿Ese cadáver ves? Fué que Dios quiso
 Consagrar con la muerte tanta gloria,
 Y que ese nombre fuera para el pueblo
 Un canto de victoria!!!

¿Ese cadáver ves? Un laurel era
 En medio del terror de la matanza;
 Pues Dios le trajo á sí, para que fuera
 En los cielos un astro de esperanza.

¿Ese cadáver ves? Era un caudillo
 Pues Dios le transformó, le dió su brillo,
 Y al envolvernos el presente obscuro,
 Esa tumba hablará, dirá á los pueblos:
 México, vencerás: fé en el futuro!

Y tú allí estás, cadáver impasible,
 Tenaz despojo que mi vista espanta,
 ¿Miente la realidad? ¿pues por qué creo
 Que á marchar con sus huestes se levanta?
 ¡Horrible delirar! barca atrevida
 Que burló los escollos altanera,
 Y que á un revés del inconstante viento
 Inútil flota en las inquietas olas.....

¡Horrible delirar! Ayer le viste
 México ufana, atravesar gozoso
 Tus calles de palacios, trascendiendo
 De heroísmo y juventud. Ayer le viste
 Ardiente en el festín alzar su copa,
 Y al brindar por tu nombre y tu decoro
 ¡Oh patria! y por tu próspero destino,
 Esos ojos sin luz, deramar lloro
 Sobre la llama del hirviente vino!!

Ayer le viste tú, madre amorosa,
 Hoy bulto de dolor, mujer de llanto,
 Inclinando su frente victoriosa
 Para besar tu mano con encanto:
 Ayer feliz dejabas en su frente
 Como una bendición tu ósculo amante,
 Y cual vibra en el aura la armonía,
 Como la flor se goza en su perfume,
 Al decirte su acento un *madre mía*,
 De delicia tu ser se estremecía

Como ora de tormento se consume
 Y tú, su niña, su pimpollo, su ángel,
 Paloma que en su nido de laureles
 Vino el destino á herir.....ave que en vano
 Huérfana busca su tronchada rama;

Colibrí que revuela sin consuelo
 Junto á la flor marchita: Dios proteja
 con la sombra de su ala tu inocencia.
 Flor del alma un héroe, el pueblo ampare
 Con culto agradecido tu existencia.
 Y el cadáver allí.....¿por qué no inclinas
 Tu faz al pueblo, herido por su queja?
 Hombre pueblo eras tú, cuando aspirabas
 En tu horizonte inmenso su grandeza,
 Tú eras su corazón, tú palpitabas,
 Con la invencible fé de su entereza!
 Hombre pueblo eras tú; si en el combate
 Rasgando el viento horrenda la metralla
 De mortífero bronce la muralla
 A tu impetuoso rayo se oponía,
 A tu voz entre gritos de contento.
 El pueblo la muralla derretía.

Idolo de nosotros la canalla,
 La fé brilló sobre su excelsa frente,
 Desde que osado el criminal pirata
 Profanó con sus plantas nuestro Oriente
 Fé, mirada del alma, excelsa altura
 Que abarca el porvenir: llama encendida
 Como faro en los mares de la vida;
 Fé, brazo omnipotente, que doblega
 La misma furia del falaz destino;
 Fé, soplo del Señor... ..fé, rumbo cierto
 Que lleva al marinero combatido
 Al seno amigo del seguro puerto.....
 Fé, mira tu hijo allí cuando el presagio
 De muerte y destrucción nos presentaba
 La derrota en combates imposibles,
 Tu esfuerzo al hombre pueblo transformaba
 En vencedor sublime de invencibles.....

Y dijo Dios: morid; que la tiniebla
 Envuelva para siempre esa existencia,
 Y que no haya mortal que decir pueda,
 Yo hundí en la fosa al defensor de Puebla.
 Héroe de Mayo, adiós: esos valientes
 Que te llamaron generoso amigo,
 Que el pan de la miseria y la desdicha
 Partieron ¡ay! contigo,
 Por vez primera derramaron llanto!!
 Esas banderas, del guerrero gala,
 Que en cauda de iris desplegó el ambiente
 Que símbolo de amor nos legó Iguala,
 Que en luz de gloria acariciaba el cielo,
 Se inclinaron dolientes como sauces

Y se cubrieron con crespón de duelo.
 Esos monstruos de bronce, que la muerte
 Llevaron implacable en sus entrañas,
 Despertaron el eco en las montañas
 Que temblaron oyendo sus gemidos.
 Idolo del soldado, su confianza,
 Su jefe, su querer, su alma, su pompa,
 Tu nombre oírás al resonar la trompa
 Como himno de victoria y de esperanza!
 Y el cadáver allí.....prorrumpe, clama
 Con voz de tempestad y de torrente,
 Que se propague en el ala de la llama,
 Que abrace de Colón el continente:

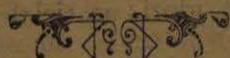
Pueblos, en pié; á la lid, pueblos hermanos,
 Los lauros de los libres se marchitan
 Si no los riega sangre de tiranos.

Pueblos, en pié; y en fraternal abrazo
 Odio jurad al invasor impio,
 Y odio mire la Cumbre de Quendío
 Y odio alumbre terrible el Chimborazo.
 Pueblo, hoguera de espíritus más grande
 En que Dios hace palpitar la vida,
 Pueblo, huracán terrible y manso lago,
 Relámpago de rayo y luz de aurora,
 Gigante de poder que Dios renueva,
 Con cada nueva luz.....Tu imperio sea,
 Aniquile la llama de tu enojo
 Esa horda de jaguares de Crimea!

Lucha, lucha sin fé, mi sombra quiere
 Amor de hermanos, odio á los traidores,
 Yo os enseñé á vencer.....cómo se muere
 Enseñad á los viles invasores.

Los labios de mi tumba gritan guerra,
 Guerra por la justicia y el derecho,
 Guerra al perverso inquietador del mundo;
 Guerra á la corrompida monarquía,
 Guerra, y entre los brazos
 La libertad del orbe alumbre el día.

Bajó Prieto de la Tribuna, disolvióse el cortejo fúnebre,
 las tropas desfilaron, y los restos mortales de Zaragoza, ex-
 puestos por algunas horas más en el cementerio de San Fer-
 nando, bajaron á la última morada donde duermen tranqui-
 los el sueño eterno.



VI

Juárez, desde el asiento elevado de la magistratura supre-
 ma de la República, pronunció estas palabras, como la gran-
 diosa manifestación de la gratitud de un pueblo:

—“Declaro en nombre de los Estados-Unidos Mexicanos,
BENEMÉRITO DE LA PATRIA EN GRADO HERÓICO, al
 C. General Ignacio Zaragoza.

Declaró que mereció el ascenso al empleo de General de di-
 visión, y se le considerará con tal carácter desde el día 5 de
Mayo del corriente año, por los eminentes servicios que pre-
 stó á la nación en la guerra actual contra el invasor extranje-
 ro, y principalmente por el triunfo obtenido contra él en el
 día mencionado.

Como muestra de reconocimiento nacional, se dota á la
 hija de este ilustre ciudadano con la cantidad de CIEN MIL
 pesos, que se le entregarán en bienes nacionalizados; y mien-
 tras esto no se afectúe se le asigna una pensión anual de
 SEIS MIL pesos, cuyo pago se verificará en la ciudad de Mé-
 xico en la misma proporción que los concernientes á la guar-
 nición de la plaza, en cuyo presupuesto quedará comprendido.

En los mismos términos se satisfará á la señora madre
 del General, una pensión vitalicia de TRES MIL pesos anua-
 les, y á las señoras sus hermanas, pensiones de la misma cla-
 se, que unidas, sumen tres mil pesos anuales.

Desde esta declaración, la ciudad de Puebla llevará el nom-
 bre de *Puebla de Zaragoza*.

El Ayuntamiento de la capital dictará las providencias
 que sean de su resorte para que las calles de la Acquia, don-
 de vivió el General, y la recién abierta en el ex-convento de la
 Profesa, se llamen en lo sucesivo de *Zaragoza* la primera y del
Cinco de Mayo la segunda.

